

## Agentes y sujetos sociales en la teoría económica

José C. Valenzuela Feijóo\*

### I. INTRODUCCIÓN

**E**l vocablo “sujeto” es un tanto ambiguo y pudiera dar lugar a algún malentendido. Se puede, por ejemplo, asociar a una persona o grupo que es completamente autónomo e independiente en su comportamiento. Es decir, alguien (grupo o persona) que se *autodetermina* y que no responde, valga la redundancia, a determinaciones externas. O sea, una situación que por lo menos recuerda a las antiguas nociones del “libre albedrío”. En las economías contemporáneas —mercantiles y capitalistas— esa situación no se cumple para nada. Lo que podemos observar es una estructura socio-económica bastante coercitiva (por lo demás, algo inherente a cualesquier estructura social) y, sobremanera, comportamientos particulares que no pueden controlar el curso del proceso global. Más aún, es común encontrar grupos sociales (o personas) que se ven afectados por la dinámica del sistema sin que alcancen a tener plena conciencia de las fuerzas que están en juego y, por lo mismo, sin saber por qué la persona o el grupo es lle-



\* Profesor investigador del Departamento de Economía de la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa.

vado a tal o cual situación no buscada o no deseada. Se trata, en consecuencia, de "sujetos inconcientes", con escaso poder de autodeterminación. Por ello, y para evitar malentendidos, tal vez sea preferible hablar de "agentes económicos". Es decir, grupos que responden a la dinámica estructural del sistema, tengan o no conciencia de sus actos, tengan o no control de ellos y de las circunstancias en que su actividad se despliega. Luego, diremos que los agentes funcionan como "sujetos históricos" cuando se sitúan en una posición de *dirección* (de "fuerza principal") en los procesos históricos del caso.

Los agentes son elementos de un todo superior. Por lo mismo, su sentido lo debemos captar en el marco de un determinado sistema teórico. Como decía Hegel, la verdad la encontramos en el todo. Pero en la disciplina económica reina una situación un tanto "curiosa": en ella coexisten (por lo común en términos muy poco pacíficos) diversos paradigmas que manejan visiones muy distintas del proceso económico. Tres parecen ser las razones básicas de esta situación (que mucho extraña a los especialistas en ciencias naturales): uno, los diversos paradigmas privilegian diversos campos problemáticos. Dos, la evidencia empírica disponible no es tan clara y definitoria en materias sociales. A veces la información no existe, en otras es insuficiente o algo confusa. Sobretudo, está el gran impedimento de no poder llevar a cabo experimentos controlados. Tres, la que tal vez sea la razón básica: operan inte-

reses sociales muy fuertes ("pasiones") que interfieren en la libre actividad científica. Hay verdades "peligrosas" y verdades "muy útiles". Y si tal o cual hipótesis contradice el interés de tal o cual grupo, por correcta (en términos lógicos y empíricos) que sea la hipótesis, será terca-mente rechazada. Dado lo anterior, no debería extrañar que si nos preguntamos por los "agentes económicos" relevantes, nos encontremos con respuestas bastante diferentes. Por ello, en lo que sigue examinaremos el problema de los "agentes" en función de los diversos paradigmas fundamentales.

Vaya una última consideración preliminar. En la teorización económica dominante (de corte neoclásico en especial) se tiende a manejar una visión más o menos mecánica de los procesos económicos. Mas que un sistema social en acción, con sus correspondientes grupos sociales interactuando, se nos muestran "agregados" o magnitudes económicas en que esas realidades sociales parecen desaparecer. Leemos, por ejemplo, que "el consumo interactúa con la inversión" o que el "ingreso nacional interactúa con las importaciones". Pero poco o nada se nos dice sobre los *relacionamientos sociales* (de conflicto o de cooperación) que están en juego en esos procesos. Por decirlo de alguna manera, el "factor humano" se nos comienza a perder. Con esto, valga la aclaración, no estamos diciendo que la disciplina debería preocuparse del bienestar de la población (lo cual, por lo demás, no estaría mal) sino otra cosa: que en sus

presentaciones, la realidad social subyacente se oscurece, se enmascara u oculta. Es decir, no nos muestran con claridad cuáles son los agentes en juego y cómo se relacionan entre sí. Y aclarar esta realidad subyacente, es justamente el objetivo de estas notas.

## II. LA ECONOMÍA POLÍTICA CLÁSICA:

### LOS AGENTES SOCIALES BÁSICOS

La economía política clásica (Smith, Ricardo, Malthus, Mill y otros) se pregunta por las condiciones del crecimiento económico. Y lo hace con cargo a una visión que es: i) *macro*: se preocupa del comportamiento global de la economía y de sus grandes agregados, a nivel de la producción y de la distribución. Además, lo hacen suponiendo que las diversas unidades microeconómicas (empresas, obreros, consumidores, familias, etc.) desarrollan un comportamiento que viene determinado por el marco macroestructural; ii) *estructuralista*: concentra la atención en los aspectos más decisivos y permanentes del sistema; iii) *dinámica*: intenta analizar la dinámica de largo plazo del sistema; iv) *parcialmente dialéctica*: pese a cierta ambigüedad, no soslaya los conflictos sociales en juego. Estos rasgos genéricos destacan mucho en la obra de Smith, la cual moldea o enmarca a lo fundamental de los escritos clásicos. A su vez, Smith aprovecha mucho de los desarrollos que logra la escuela histórica escocesa (Meek, 1972, 1975).

Los clásicos se suelen manejar con un modelo que supone: i) la presencia de una economía capitalista que está en pleno ascenso y que ya es dominante; ii) la presencia subordinada de un sector propietario terrateniente (no del todo capitalista) que posee alguna fuerza en el sector agrícola; iii) dos sectores económicos básicos: industria de transformación y agricultura.

En el sector industrial identifican a dos clases fundamentales: burguesía industrial y clase obrera (o asalariados). En el sector agropecuario, si suponemos la presencia dominante de arrendatarios agrícolas, emerge la clase de los propietarios de la tierra, cuya fuente de ingreso es la *renta del suelo*. En suma, tres clases sociales que son los tres agentes económicos de base que consideran los grandes economistas clásicos. Estos agentes los podemos caracterizar en términos de: a) sus atributos patrimoniales;<sup>1</sup> b) la forma económica con cargo a la cual acceden al producto generado; c) sus funciones económicas básicas. En cuanto a los *atributos patrimoniales* tenemos que la burguesía industrial ejerce poder patrimonial (casi en exclusividad) sobre los medios de producción; el proletariado sobre su propia fuerza de trabajo y nada más; los terratenientes sobre la tierra (más en general, sobre el suelo). En cuanto a la *distribución del producto* y la forma económica involucrada tenemos: la burguesía se apropia de la plusvalía (o Producto excedente), bajo la forma de *ganancias industriales*; el proletariado sólo accede

al Producto Necesario y lo hace con cargo a la forma *salario*; los terratenientes también acceden al excedente (plusvalía) por medio de la *renta del suelo*. Por último, en cuanto a las funciones económicas básicas tenemos: la *burguesía* asume las funciones de dirección del proceso de producción y las de acumulación. Con cargo a éstas, termina también por controlar el crecimiento económico y su orientación. En cuanto a los asalariados, asumen las funciones del trabajo de producción y de generación del excedente (o plusvalor). En el esquema clásico, además, suelen contar más como factor de los costos de producción que como factor de demanda. En cuanto a los terratenientes, se sitúan fuera de la producción y sólo encarnan la función consumo. Más precisamente, un consumo con alto contenido suntuario y que forma parte de los usos (gastos) improductivos.

Tales son las características básicas de los actores en juego. Con ello, podemos pasar a analizar las relaciones que se establecen entre estos agentes económicos. Aunque para mejor entender este punto conviene introducir algunas consideraciones previas.

La primera, gira en torno a la forma en que se produce y determina el excedente en una economía capitalista. Al respecto, John Stuart Mill es muy claro. Nos dice que "la causa de la ganancia es que el trabajo produce más de lo preciso para su sustento". Y pasa a agregar que "los dos únicos elementos de los que dependen las ganancias de los capitalis-

tas son: primero, la magnitud del producto, o en otros términos, la fuerza productiva del trabajo; y segundo, la parte de esa producción obtenida por los mismos trabajadores; esto es, la proporción que guarda la remuneración de los trabajadores con la cantidad que producen." (Mill, 1978: 370-1). Como señala Mill, la hipótesis es semejante a la ya adelantada por Ricardo: "siempre que se aumente el salario, se reducirán necesariamente las utilidades" (Ricardo, 1973: 91). Sentado este principio, conviene desde ya advertir: si la cantidad de bienes que consume el obrero típico no se altera (i.e. no se modifica el salario real), una elevación de la productividad en las ramas (la agricultura) que producen los bienes que integran la canasta salarial, dará lugar a que se abarate el coste de producir esta canasta. Por lo mismo, se reduce el trabajo social que "alimenta" al trabajo y, consecutivamente, se eleva la parte que va al capital. Y viceversa.

La segunda consideración se refiere al carácter de la renta del suelo. Para los clásicos ésta no representa la contrapartida de ningún coste real. Es simplemente una transferencia. En palabras de Smith, "desde el momento en que las tierras de un país se convierten en propiedad privada de los terratenientes, éstos, como los demás hombres, desean cosechar donde nunca sembraron y exigen una renta hasta por el producto natural del suelo" (Smith, 1981: 49). Ricardo dice que la renta "es simplemente una transferencia de valor, provechosa

sólo para los terratenientes y proporcionalmente perjudicial para el consumidor" (Ricardo, 1973: 299). Agreguemos: en sentido estricto, las ganancias industriales también representan una transferencia. Pero los clásicos la evalúan en términos muy diferentes. La razón, es muy clara: el capitalista usa la mayor parte de su ingreso en acumulación; el terrateniente, por el contrario, lo consume y despilfarra. Una forma de apropiación del excedente (la ganancia industrial) es funcional al crecimiento y la otra (la renta del suelo) no lo es. De aquí la "distribución" de simpatías.

Retomemos nuestra interrogante: ¿cómo se relacionan estos agentes en el proceso económico? Como se distinguen tres clases básicas, surgen tres nexos sociales y tres posibles contradicciones: a) entre burguesía y terratenientes; b) entre burguesía y clase obrera; c) entre obreros y terratenientes. Para los clásicos, la *contradicción principal* es la que se establece entre industriales y terratenientes. Y aunque reconocen la presencia e importancia de la contradicción entre burguesía y trabajadores, le asignan un lugar secundario. Finalmente, casi no aluden a la tercera eventual contradicción: entre terrateniente y obreros. Para entender cómo surgen y cuál es el contenido de estas contradicciones, pongamos al sistema en movimiento.

El punto de partida debe ser: el capital industrial, que maneja un afán casi infinito por acumular, invierte todo lo que le posibilitan sus recursos, propios y prestados. Con ello, va extendien-

do más y más la ocupación productiva, básicamente urbana. Para simplificar, suponemos que no encuentra mayores problemas por el lado de la oferta de fuerza de trabajo y que el salario real (que gira en torno a un nivel de subsistencia) prácticamente no se modifica.<sup>2</sup> Y aunque el salario no se mueva, como crece la ocupación, también se eleva la nómina salarial total. Suponemos también que toda esta masa salarial se transforma en demanda de alimentos. Se trata, entonces, de una demanda que presiona sobre la oferta agrícola. En este momento, los clásicos suponen que la expansión de la producción agropecuaria se hace en términos de "rendimientos decrecientes". O sea, cada unidad de producción adicional implica un costo mayor. Lo cual, significa que el valor de los alimentos se comienza a elevar. Por lo mismo, también se eleva el valor de la "canasta salarial": no porque los obreros industriales consuman más sino porque el valor de lo que consumen se eleva. Y como se trata de un consumo imprescindible que es prácticamente imposible comprimir, los empresarios deben elevar el salario nominal para que los asalariados puedan seguir comprando su canasta básica. Ahora bien, este proceso —según vemos— no parece afectar mayormente, ni para bien ni para mal, a los trabajadores asalariados. Pero, ¿qué sucede con las otras dos clases fundamentales en juego?

En cuanto a los capitalistas, vemos que les sube el costo salarial. Y como operan en términos de libre competencia,

no pueden trasladar los mayores costes a los precios de venta. Y si, simplemente para simplificar el análisis, suponemos que la productividad industrial permanece constante (los costos unitarios no se mueven), tenemos que los valores unitarios no se modifican. Y como el precio refleja el valor, tampoco se mueve. O sea, nos encontramos con una situación en que se combinan precios industriales fijos con salarios ascendentes (que son el reflejo de los precios agrícolas más elevados). Por lo tanto, se recorta la ganancia del capital industrial.

En cuanto a los terratenientes, se encuentran con precios más elevados. Y como sus arrendatarios no pueden exigir una tasa de rentabilidad superior a la urbana (por la competencia entre capitales), el diferencial de precios termina por transformarse en una mayor renta. La tendencia que se perfila es clara: caen las ganancias industriales y sube la renta del suelo, ambas vistas como por ciento del excedente total generado por el sistema. En el largo-largo plazo incluso se puede generar un momento en que las ganancias industriales se evaporen por completo y todo el excedente pasa a funcionar como renta. En esta situación, nos dicen los clásicos, la acumulación y el crecimiento cesarían y el sistema entraría en lo que llaman "estado estacionario".

¿Se puede evitar un desenlace como el indicado?

La respuesta es sí y se pueden señalar dos mecanismos principales. El primero es diáfano (al menos en el pa-

pel): impulsar un drástico crecimiento de la productividad agropecuaria lo que debe implicar innovaciones (o "revoluciones") tecnológicas y eventuales cambios en la forma de propiedad. Los clásicos eran muy pesimistas sobre esta vía: curiosamente, en el siglo pasado casi todos los especialistas pensaban que era muy difícil que la agricultura le siguiera el paso a la industria en materia de productividad. El segundo mecanismo fue el que privilegiaron: eliminar las barreras arancelarias (abolición de las "corn laws") que protegían a la agricultura nacional e "inundar" el mercado interno con cargo a muy baratos alimentos importados. Con ello, se bajaba drásticamente el precio de los alimentos y se impedía esa "tijera de precios" que terminaba por anular las ganancias industriales. De aquí la feroz pugna que hubo en torno a las políticas arancelarias y hasta la "mala fama" que en algunos círculos adquirió la figura de Ricardo: "el sistema de Ricardo es un sistema de discordias (...) tiende a la producción de hostilidad entre las clases y las naciones (...). Su libro es el verdadero manual del demagogo" lo increpaba Carey (Carey, 1844).

Podemos ahora sintetizar el contenido de los tres posibles conflictos.

*a) El conflicto entre capitalistas y terratenientes*

Para los clásicos, éste es el conflicto central y el que más les preocupa. La pugna

gira en torno a la apropiación del excedente: si va los industriales se destina a la acumulación; si va a los terratenientes se usa como gasto improductivo. Y el problema o "drama" reside en lo ya expuesto: cuando la acumulación arrecia, se generan procesos que desembocan en un aumento de la renta y un descenso de los beneficios industriales. Es decir, al cumplir los industriales su rol histórico y, por esta vía, impulsar el progreso de las fuerzas productivas, terminan siendo "castigados" pues cae la tasa de ganancia. Al revés, ese progreso "premia" —en tanto se eleva la renta del suelo— a los que despilfarran el excedente. Sólo cabe añadir que el conflicto, al operar entre dos fracciones de la clase dominante, en su resolución no pone en peligro las bases del sistema. Por eso hablamos de contradicción "principal" y no de contradicción "básica".

*b) El conflicto entre capitalistas y trabajadores asalariados*

Los clásicos reconocieron con mucha claridad que el afán de los trabajadores por conseguir mayores salarios chocaba con el interés de los capitalistas por preservar y aumentar sus ganancias. Además, aunque con alguna ambigüedad, también reconocieron el fenómeno de la explotación: las ganancias como expresión de un trabajo que no es pagado por el capital. Con todo, no les pareció el conflicto mayor. Y si bien es cierto que

lo subvaluaron, no es menos cierto que en la época de los clásicos, no funcionaba aún como contradicción principal y, por lo mismo, no era fácil reconocer su jerarquía. Valga también recordar: el último de los clásicos —J.S. Mill— sí le otorgó la importancia debida y a tal punto que, en los últimos años de su vida y por influencia de su esposa Harriet Taylor, llegó a declararse "socialista" (ver Mill, 1992).

Es interesante recordar la dinámica que asume este conflicto en la visión clásica. Cuando la acumulación se acelera y la economía entra en una fase de auge, la desocupación cae y el salario obrero se eleva. Lo cual amenaza las utilidades pero en este momento entran en acción mecanismos que suprimen o suavizan el problema (y que en ausencia del problema agrícola y de la renta antes mencionado, evitarían cualesquier crisis o colapso mayor). Uno, la posibilidad de reducir el ritmo de la acumulación; dos, el mecanismo malthusiano de la población: los mayores salarios permiten una vida obrera más holgada y ello repercute en una mayor tasa de natalidad y una menor de mortalidad. Crece más rápido la población, aumenta la oferta de fuerza de trabajo y los salarios vuelven a su nivel normal o de tendencia. Con mucha razón se ha subrayado que este mecanismo, de operar, es muy lento (Sweezy, 1974). Y muy probablemente el incremento a más corto plazo de la oferta haya provenido más de las migraciones campo-ciudad; tres: la introducción de máquinas y equipos ahorra-

dores de mano de obra. Este mecanismo, crucial en el sistema teórico de Marx, fue advertido por Ricardo sólo al final de su vida. Ello lo llevó a incorporar un nuevo capítulo en su opus magnum donde reconoce, con gran honradez, que "la opinión sustentada por la clase trabajadora de que el empleo de maquinaria redundaba frecuentemente en detrimento de sus intereses, no se funda en el prejuicio y el error sino que está conforme con los principios correctos de la Economía Política" (Ricardo, 1973: 292). Salvo el postrer Mill, los clásicos poco o nada examinaron las posibles armas del proletariado en su lucha contra el capital: de los sindicatos poco hablan y aún menos de los partidos políticos. Y mucho menos percibieron la posibilidad de que los trabajadores desarrollaran un movimiento capaz de vencer al sistema y de avanzar hacia un régimen económico no capitalista. En parte porque descubrir la fuerza de la clase obrera sería misión de las generaciones futuras y en parte porque les resultaba muy difícil, por no decir imposible, imaginar una sociedad que no fuera la capitalista. Reconocen la historia *anterior y al interior* del capitalismo, pero no más allá de él.

*c) El conflicto entre obreros y terratenientes*

Si suponemos que el nivel del salario real gira en torno a cierto nivel de subsistencia y es relativamente constante, la clase obrera se verá poco afectada

por la evolución de la productividad del trabajo en la agricultura. Si la productividad cae, se eleva el valor de los alimentos; es decir, hay que aplicar más trabajo para producir la misma cantidad de bienes. Por ello decimos que se eleva el valor de la fuerza de trabajo permaneciendo constante el salario real, el cual refleja el volumen o *cantidad* de bienes que consume la familia obrera. El mayor valor de los alimentos implica un precio mayor. Por lo mismo, para preservar el poder adquisitivo obrero se debe elevar el salario nominal. Esto afecta, por el lado de los costos, al capital industrial, pero como el salario real no se modifica, se puede decir que el obrero no se ve afectado.

No obstante, si examinamos algunos efectos indirectos, el panorama se tiende a alterar. Por ejemplo, se puede precipitar la siguiente situación: el mayor valor de la fuerza de trabajo ocasiona una caída de la tasa de plusvalía, la cual arrastra al descenso de la tasa de ganancia con que funciona el capital. Luego, si esto sucede, podemos pensar que tendrá lugar una caída en los ritmos de la acumulación y, por ende, un aumento en los niveles de desocupación. Algo que por su puesto es muy negativo para la clase obrera. Una segunda consideración sería la siguiente: suponemos que en el largo plazo sí puede darse un aumento en el salario real, que este incremento debe permitir diversificar el consumo obrero de tal modo que se puedan incorporar en la canasta salarial bienes que se producen en el

sector manufacturero. En ello, pueden coincidir el interés de obreros y capitalistas. Estos últimos, que se benefician por el lado de una demanda incrementada, serán más proclives a aceptar el aumento salarial *siempre y cuando el aumento no afecte a la tasa de plusvalía*. Lo cual es posible si la productividad está subiendo. Pero si ésta no crece o crece muy poco (cosa que beneficia al terrateniente), surgen presiones por una menor tasa de plusvalía y, por ende, por una menor tasa de ganancia. Con lo cual, el incremento salarial será tercaamente resistido por el sector capitalista. En suma, el comportamiento de la productividad agropecuaria puede suavizar (posibilitando aumentos salariales reales) o agudizar (dificultándolos) el conflicto entre obreros y capitalistas. Luego, si el terrateniente saca ventajas, también está estimulando el conflicto obrero-patronal.

Valga agregar: el sector terrateniente, sobremanera si preserva los valores de la vieja aristocracia, suele ser muy crítico del capitalismo: vivir para el dinero y para incrementarlo al margen de todo goce, le parece ordinario y chabacano. El grupo no entiende de acumulación ni de producción, sólo de gastos y de consumos interminables. Choca, entonces, hasta por mentalidad y valores, con el capital. De aquí esa crítica, de corte feudal, que se hace desde el atraso o pasado, al capital. Crítica en que a veces se involucran hasta los partidarios del trabajo. También debemos recordar que en su oposición al capital,

en determinadas coyunturas este sector ha apoyado al trabajo en sus pugnas específicas contra el capital. Por ejemplo, durante el siglo XIX, a veces apoyaron las reivindicaciones obreras por salarios "justos" y por poner un límite a la extensión de la jornada de trabajo. En suma, el juego de los intereses, en tales o cuales circunstancias, puede provocar tales o cuales reacomodos en el juego de las alianzas políticas.

Para terminar este apartado, permítasenos dos últimas consideraciones.

Primero, algo a subrayar: en el "modelo" clásico hay dos clases que acceden al excedente: burguesía industrial y terratenientes. Por ende, unos y otros se afirman sobre la explotación del trabajo asalariado. Este rasgo los unifica pero no elimina el conflicto en torno a quién se apodera de una porción mayor. Los clásicos constatan que mientras mayor sea la parte del excedente apropiada por los terratenientes (mientras más alta sea la renta del suelo), menor será la acumulación y el crecimiento. Y viceversa: si sube la parte del capital productivo, mayor será la acumulación y el crecimiento. La apuesta clásica es muy conocida: apoyan al bando del crecimiento.<sup>3</sup>

También podemos observar: de los tres agentes, es la clase obrera la que asume un rol más pasivo. Y son los de arriba, los agentes más activos. Sobremanera éste es el caso de la burguesía industrial, la que avanza e impone sus puntos de vista y sus intereses objetivos. En este sentido, de los tres "agentes sociales" que hemos diferenciado, sería

uno de ellos —la burguesía industrial— el que más se acercaría a la condición de “*sujeto histórico*”. Algo que no se desprende de éstas o las otras virtudes subjetivas sino de la posición que en la estructura ocupa esta clase y del tiempo histórico que le toca vivir. Lo primero define sus intereses objetivos y la consiguiente lógica de comportamiento. Lo segundo, la posibilidad de que ese interés (y el consiguiente proyecto que de él se desprende) converja con las necesidades que en ese período expresa la historia. En suma, valga la deducción, si se da esa convergencia, el agente deviene un sujeto histórico propiamente tal.

### III. LOS AGENTES EN LA GRAN DINÁMICA DE MARX

Con el pensamiento marxiano sucede algo singular: al privilegiar tal o cual aspecto, siempre nos asalta la angustia de “dejar fuera” muchos tópicos de gran valor. Esto, por lo demás, es lo propio de las más grandes teorías. Por ello, en el momento de elegir también hay que pedir la comprensión del lector: que él complete lo que el espacio no nos permite comentar. Abordaremos tres aspectos. Primero, cómo maneja Marx el tema de los agentes sociales, al nivel más abstracto de su análisis. Luego, llamamos la atención sobre la visión dinámica y dialéctica que maneja Marx: los agentes se mueven y entran en conflicto, arrastrando así a todo el sistema. Finalmente, retomamos el tema de los

agentes pero ahora en un nivel más concreto. Es decir, señalamos cómo este nivel se puede conectar y deducir del más abstracto y genérico.

#### A.- *Los agentes sociales en el nivel más abstracto*

Para Marx los agentes económicos más decisivos son las *clases sociales*. Y como su objeto de estudio es el capitalismo, en el nivel más abstracto identifica a *las dos clases fundamentales del sistema: burguesía y proletariado*. Y la dinámica más fundamental del sistema, la ve también en términos del desarrollo de este conflicto básico. La visión de Marx tiene claras y fuertes relaciones con la de los clásicos. En todo caso, su análisis es más riguroso, más dinámico y aclara bastante más el conflicto medular del sistema.

Si comparamos con el esquema clásico, podemos ver que, a este nivel, desaparece la clase de terratenientes. Esta es una primera novedad. La segunda tiene que ver con el tratamiento que le da a la clase obrera. En Marx deja de ser el sujeto esencialmente pasivo que ven los clásicos. Identifica y examina el modo en que el sistema la afecta y los modos según los cuales puede reaccionar. En suma, le interesa examinarla como una *clase para sí*, de hecho o en potencia. Luego, en este contexto, le asigna un rol clave a futuro: transformarse en el *sujeto histórico* capaz de conducir el avance a una sociedad post-capitalista, dirigida y controlada por los trabajadores.

### B.- Desarrollo y conflictos

Marx no ve al capitalismo como un algo estático sino como un sistema en *movimiento*. Es decir, un todo sujeto a *cambios*. En esto, conviene distinguir dos tipos de cambio (o movimientos): i) lo que tienen lugar al interior del sistema. O sea, se preserva la matriz más esencial del capitalismo y los cambios afectan a sus "esencias de segundo orden" o rasgos *relativamente* menos decisivos. De este modo pasamos a distinguir *fases o etapas históricas en el desarrollo del capitalismo*; ii) el cambio que afectaría a los rasgos más esenciales del sistema y que, por lo mismo, implicarían un movimiento que va desde el capitalismo a un sistema no-capitalista. O sea, una mutación cualitativa mayor que nos ubica en un carril histórico más general: el de la sucesión de modos de producción.

Para Marx, los diversos fenómenos (y rasgos) que constituyen lo real van asociados a diversas *contradicciones*. De hecho, se sostiene que cada fenómeno es lo que es en virtud de la contradicción (o "unidad de opuestos") que le es propia. De este modo, las esencias de primer orden se asocian a contradicciones de primer orden (o contradicciones básicas), las de segundo orden a contradicciones de segundo orden (o contradicciones no básicas) y así sucesivamente. Las contradicciones poseen su dinámica o movimiento propio,<sup>4</sup> se desarrollan y a la vez interactúan con otras contradicciones: los fenómenos complejos son sistemas de múltiples con-

tradicciones en interacción. A veces, las contradicciones se mantienen en un segundo plano y en otras aparecen en el primer plano de la escena: se "apoderan" del escenario histórico y decimos que pasan a desempeñarse como "*contradicción principal*". En este sentido, la historia social se puede visualizar como una sucesión de contradicciones particulares que pasan a desempeñar el papel de "contradicción principal" y que, al resolverse ("disolverse"),<sup>5</sup> le ceden su lugar a otra contradicción y así sucesivamente. Cuando en la posición o papel de contradicción principal se ubica una contradicción "no básica", podemos decir que emerge una nueva fase o etapa en el desarrollo del fenómeno. Si es la contradicción básica (esencial de primer orden) la que pasa a ocupar ese lugar, se nos abre la ruta de las modificaciones cualitativas mayores, las que nos llevan desde el fenómeno (el ser) a *otro* fenómeno. En el caso que nos preocupa, que es el del capitalismo, tenemos por un lado la evolución de la contradicción básica entre trabajo y capital, la que funciona como base estructural y determinante de última instancia del sistema. Pero, podemos suponer, se transforma en principal sólo en el momento de la disolución histórica del capital. Por supuesto, aclarar esta dinámica y, por ende, las condiciones de la revolución del trabajo y el ascenso histórico a una etapa histórica ulterior, post-capitalista, es el principal objetivo de la obra de Marx. Pero también le preocupa la dinámica histórica *del* capitalismo (o

*historia interna del sistema*), lo cual exige estudiar también sus contradicciones no básicas, su dinámica y entrelazamiento. Es decir, cómo ellas se desarrollan y, en tal o cual coyuntura histórica, pasan al primer plano de la escena y se despliegan como contradicción principal.

En Marx, el desarrollo contradictorio de lo real se encarna y subjetiviza en los agentes sociales que privilegia: las *clases sociales*. Por ello, el conflicto clasista es la forma concreta en que se suele manifestar ese movimiento. En su propósito más genérico: estudiar la dinámica estructural de más largo plazo del sistema, el conflicto que privilegia es el que conecta a las dos clases fundamentales del sistema: burguesía y proletariado. Pero cuando aborda situaciones más coyunturales y concretas, ese nivel de abstracción resulta inadecuado. Tiene que *concretizar* las categorías, situarse en una fase muy determinada y acotada (por ejemplo, al interior de cierto patrón de acumulación específico) y manejarse con tales o cuales *fracciones de clase*, con tales o cuales alineamientos y contradicciones específicas. O sea, *avanzar desde lo más abstracto a lo más concreto*.

C.- *De lo abstracto a lo concreto: clases y fracciones de clase. Bloques y alianzas clasistas*

Cuando se las examina en un plano concreto, se advierte que las clases no son estrictamente homogéneas. En su inte-

rior podemos distinguir algunos rasgos diferenciados y la consiguiente emergencia de "agrupamientos" o "fracciones". Se trata en consecuencia, de encontrar aquellos rasgos que provocan un "fraccionamiento" capaz de generar intereses más particularizados y las conductas diferenciales del caso.

Una primera distinción es la que separa *capitales productivos e improductivos*. Los primeros, se localizan en la esfera productiva. Por ende, se apropian y *producen* el plusvalor. Entretanto, los que se localizan en los espacios improductivos, *sólo se apropian* del plusvalor. El espacio económico improductivo por excelencia es el de la *circulación*. Y aquí, operan dos modalidades muy importantes del capital: el capital de comercio y el *capital dinero de préstamo* (o *capital financiero*, usando este término en su sentido más original), el que accede a la plusvalía global por medio del *interés*. Si, para simplificar, suponemos que sólo operan el capital productivo o industrial y el capital dinero de préstamo, tenemos que la plusvalía global se pasa a desagregar en dos componentes: *beneficio empresarial e intereses*. A igualdad de otras circunstancias, si uno sube, el otro cae. Además, los factores que afectan a la tasa de ganancia del sistema (plusvalía total sobre capital total) son diferentes de los que regulan a la tasa de interés (intereses sobre capital prestado). Se puede dar que la tasa de ganancia suba y que la tasa de interés también lo haga dando lugar a un descenso de la tasa de beneficio empresarial. O bien,

algo muy común en las crisis, que la tasa de ganancia descienda, la tasa de interés suba y, por lo mismo, que se de un desplome en la tasa de beneficio empresarial. Como además es la tasa de beneficio empresarial (i.e. la rentabilidad del capital industrial o productivo) la que regula la acumulación y el crecimiento del producto, se puede ver que cualquier cambio en la distribución del plusvalor (entre beneficios industriales y ganancias bancarias) tiene fuertes consecuencias en el crecimiento. El conflicto entre beneficios e intereses, por lo tanto, afecta a todo el resto de la economía y a todos los demás agentes: señaladamente a los trabajadores. Normalmente, el capital dinero privilegia situaciones de extrema estabilidad de precios y del tipo de cambio, lo que se suele lograr en un contexto de estancamiento o recesión económicas (las famosas "políticas de ajuste" que impone el FMI son un buen ejemplo de este proceder). Por el contrario, el capital industrial es menos sensible a esos "equilibrios" y pugna por una economía expansiva. Además, una inflación leve le permite recortar el valor real de sus deudas. Marx es especialmente duro con esta sección del capital: "el sistema de crédito, cuyo eje son los supuestos bancos nacionales y los grandes prestamistas de dinero y usureros que pululan en torno a ellos, constituye una enorme centralización y confiere a esta clase parasitaria un poder fabuloso que le permite no sólo diezmar periódicamente a los capitalistas industriales, sino inmiscuirse del

modo más peligroso en la verdadera producción, de la que esta banda no sabe absolutamente nada y con la que no tiene nada que ver" (Marx, 1973: 3/511). Si esta fracción del capital pasa a ocupar posiciones de dirección en el bloque de poder, amén de los efectos recesivos, se suele también generar una situación de descomposición política y moral: "confluyen el dinero, el lodo y la sangre" dice Marx. Ello, pues "la aristocracia financiera, lo mismo en sus métodos de adquisición, que en sus placeres, no es más que el *renacimiento del lumpenproletariado en las cumbres de la sociedad burguesa*." (Marx, 1973a: 212).

Como se puede ver, esta fracción de la burguesía termina por desempeñar un papel bastante parecido al de los terratenientes en el esquema de los clásicos: compite por el excedente, afecta negativamente a la acumulación e impulsa el despilfarro y el parasitismo.

Una segunda causa de fraccionamiento es la que surge de la emergencia de *capitales monopológicos y competitivos*. Los primeros, son de gran tamaño y controlan una parte elevada de los mercados de venta. Su rasgo clave es el operar con una tasa de ganancia por encima de la media. Los capitales competitivos o no monopológicos, son más pequeños y explica una muy pequeña parte de las ventas totales. Operan con una tasa de ganancia inferior a la media. El diferencial de tasas de ganancia se explica por las transferencias de plusvalor desde el segmento competitivo al monopológico.

Una tercera distinción clasifica a los *capitales de acuerdo al mercado que abastecen: interno o externo*. Asimismo, los que trabajan para el mercado interno se pueden dividir según se localicen en el Departamento I (bienes intermedios y de capital) o en el Departamento II (bienes de consumo personal). La división es importante por diversos motivos. Por ejemplo, respecto a los salarios, los capitales que producen para el mercado interno los resienten como parte de sus costos pero también como factor de demanda, lo que incide en sus ventas. Mientras, los capitales que producen para el mercado externo (exportaciones), consideran a los salarios sólo como un elemento de sus costos pues por el lado de la demanda no tienen (para ellos) ninguna importancia. De aquí una consecuencia clave: los primeros (y con mayor fuerza si operan en el Depto. II) son más propensos a aceptar incrementos salariales. Al revés, los segundos se oponen tercamente a esos aumentos. En América Latina, en la actualidad, con cargo a los modelos de "apertura neoliberal", se puede ver muy nítidamente este problema.

Una cuarta distinción es propia de los países subdesarrollados. En estos, en la fase monopólica del sistema global, emerge una clara situación de *dependencia* respecto a las grandes potencias imperiales. Esta asume múltiples dimensiones pero aquí nos interesa destacar un punto central: según el lugar o posición que los capitales autóctonos ocupan en la economía del país, pueden

tener intereses *opuestos o favorables al capital extranjero*. El mismo problema, se puede ver así: existen intereses objetivos favorables u opuestos al desarrollo de un *capitalismo nacional autónomo*. En función de estas posturas se pasa a distinguir: a) *burguesía nacional*: intereses contrarios al capital extranjero y favorables al capital nativo; b) *burguesía intermediaria*: favorable al capital extranjero y contraria a un proyecto de autonomía burguesa.

Se pueden ensayar otras diferenciaciones pero creemos que las mencionadas son las principales y de aplicación más general. Por cierto, según las condiciones concretas que se estudien, se pueden efectuar otras distinciones. Digamos también que los criterios se suelen combinar y superponer. Por ejemplo, la *burguesía nacional* suele concentrarse en las fracciones no monopólicas que trabajan para el mercado interno.

Entre las diversas fracciones del capital se dan alianzas y conflictos. Asimismo, diversas suelen ser las relaciones que estas fracciones establecen con vg., la clase obrera. O sea, se abren diversas posibilidades para la configuración de alianzas políticas, de los bloques en el poder y de los mecanismos de dominación a privilegiar. Para otras clases, como la obrera, la pequeña burguesía y los campesinos, también se pueden y deben distinguir fracciones, algo que aquí (por razones de espacio) no haremos. Solo resta volver a subrayar: mientras más concreto y circunscrito el análisis, más fino y desagregado debe

ser el estudio de las clases o agentes en juego. Por lo demás, ésta es la ruta que permite una correcta mediación entre el factor económico y la variable política.

#### IV. UN PARÉNTESIS SOBRE AMÉRICA LATINA

Situémonos en la América Latina de mediados del siglo xx y comparemos la estructura socioeconómica vigentes en los países de mayor desarrollo relativo de la región<sup>6</sup> (Argentina, Brasil, Chile, México, Uruguay) con la que dibujan los economistas clásicos. Surgen algunas similitudes y también algunas diferencias. Entre éstas, cabe consignar: i) la presencia de una agricultura aún menos dinámica que la examinada por los clásicos y en la cual se dan fuertes reminiscencias pre-capitalistas o semi-feudales; ii) una economía que depende fuertemente de las exportaciones. Además, éstas son básicamente primarias en tanto el grueso de las importaciones son de manufacturas. A esta dependencia comercial externa se une una fuerte presencia del capital extranjero, sobre todo en las ramas (primarias) con mayor poder exportador. Muy ligado a este sector, la presencia de una burguesía nativa "intermediaria" o "compradora", localizada en la circulación (banca, comercio, seguros) del todo subordinada al capital extranjero; iii) un sector industrial urbano, que trabaja para el mercado interno en condiciones oligopólicas. Por ende una burguesía in-

dustrial (claramente más débil que la visualizada por los clásicos) y un proletariado industrial con una fuerza política que no es pequeña.

Esta situación es claramente más compleja que la clásica. El sector agrario es a la vez más atrasado y más fuerte políticamente. También tenemos que opera un nuevo y muy poderoso actor: el capital extranjero. Y el proletariado urbano ya funciona con mayor independencia y poder político. El conflicto de la burguesía nacional con el agro tradicional se complica pues éste suele recibir el apoyo del capital extranjero. Además, la clase obrera ya no se mueve con la vieja pasividad y hasta le disputa el liderazgo del cambio a la burguesía. En el plano económico, las grandes novedades son la *dependencia externa* y la emergencia de *estructuras industriales oligopólicas*. Dado esto, la presión de precios que proviene de la agricultura y que obliga a mayores salarios urbanos nominales, es trasladada por los industriales a los precios. Y como expresión de estos desequilibrios emergen los fenómenos de la *inflación* y de las *crisis en el balance de pagos*, fenómenos que los clásicos casi no consideran.

Por ahora, bástenos indicar: a) se abre una situación bastante más compleja; b) la burguesía industrial debe luchar no sólo contra los terratenientes. También lo debe hacer contra el capital extranjero y contra la burguesía "compradora" o "intermediaria"; c) a la vez, la burguesía industrial ya no puede contar con la pasividad obrera. Y tampoco

tiene un apoyo seguro por parte de esta clase. La moraleja es clara: las dificultades para el desarrollo resultan mayores.

V. LOS AGENTES COMO INDIVIDUOS  
O UNA SOCIEDAD ATOMIZADA:  
LA VISIÓN DE LOS NEOCLÁSICOS

Con el surgimiento (*circa* 1870) de la economía neoclásica —la a veces llamada “contrarrevolución marginalista”— asistimos a cambios de orden mayor en la visión de los procesos económicos.

Primero: el dato estructural se supone inmodificable (o “natural”) y no se profundiza en su estudio. El interés se concentra en la circulación y, más precisamente, en la formación de los precios. De hecho, la teoría económica se pasa a entender como una “teoría de los precios”. Por lo mismo, desaparece el interés en la dimensión macro y la teoría económica se transforma en *microeconomía*.

Segundo: se supone una situación de competencia perfecta. Operan miles de demandantes (*consumidores*) y miles de ofertantes (*productores*), todos ellos suficientemente pequeños para que no afectan la situación global. El precio lo determinan la demanda y la oferta agregada, las que se conforman como *suma* de las demandas y ofertas *individuales*. En esto, se refleja la cruda visión *atomicista* que manejan los neoclásicos. De acuerdo a ésta, “los hombres en el estado de sociedad son fundamentalmente individuos; sus acciones y pasiones obedecen a las leyes de la naturaleza

humana individual. Al reunirse no se convierten en una sustancia distinta.” (Mill, 1909: 468). O bien, como dice Girbetz, se supone que el comportamiento de toda entidad compleja no es más que “la suma total de los comportamientos de las partes”. El carácter de estas partes es “totalmente independiente de sus relaciones con las otras partes y con el conjunto. Estas relaciones son totalmente externas y no alteran el carácter de las partes componentes” (Girbetz, 1963: 41). Un autor contemporáneo confirma esta noción: i) “la teoría tradicional de la demanda parte del examen del consumidor, ya que se supone que la demanda de mercado es la suma de las demandas de los consumidores individuales”; ii) “a fin de determinar el equilibrio de la industria tenemos que deducir la oferta de mercado, lo cual requiere establecer la oferta de las empresas individuales, ya que aquella es la suma de la oferta de todas las empresas que constituyen la industria” (Koutsoyiannis, 1985: 31, 167).

Se puede entonces comprender: si el todo es igual a la suma de las partes, al estudiar la parte ya se ha estudiado el todo. En suma, la macroeconomía sale sobrando.

Tercero: el análisis se sitúa en un marco estático: dada una dotación inicial de recursos (que no se investiga), el agente económico (consumidor o productor) despliega una conducta que le permite maximizar su bienestar. El logro, tiene que ver con el intercambio mercantil. Según Friedman, “el inter-

cambio voluntario es una condición necesaria tanto para la prosperidad como para la libertad". Más aún, nos dice que "todo intercambio voluntario genera beneficios para las dos partes y (...) mientras la cooperación sea estrictamente voluntaria, ningún intercambio se llevará a cabo a menos que ambas partes obtengan con ello un beneficio" (Friedman, 1993: 28, 16).

Como vemos, de acuerdo a este enfoque las relaciones que se establecen entre los agentes económicos son mutuamente beneficiosas. Se trata, por lo tanto, de un sistema social armónico y ajeno a conflictos. También ajeno a la explotación: detrás del ingreso de cada factor hay costos reales subjetivos: al sacrificio (de ocio) de los trabajadores al laborar y el sacrificio de los capitalistas por abstenerse de consumir. Según se ha apuntado, "la preocupación inconsciente que latía detrás del sistema neoclásico era elevar la respetabilidad de los beneficios del capital al mismo nivel que la de los salarios" (Joan Robinson, 1966: 66).

En un esquema teórico como el mencionado, la noción de Producto Excedente desaparece. Lo mismo vale con el fenómeno de la explotación económica y, por ende, con las clases sociales. De este modo, nos encontramos con agentes económicos un tanto "sui generis". En ellos, podríamos señalar los siguientes rasgos fundamentales: a) son agentes que en términos socioeconómicos son esencialmente homogéneos; b) viven al margen de la explotación: ni la prac-

tican ni la sufren. En breve, *la explotación no existe* y, por lo mismo, no se advierten relaciones sociales contradictorias; c) los agentes *se contactan en el espacio de la circulación*, en términos voluntarios, comprando y vendiendo mercancías; d) las relaciones que establecen son *mutuamente beneficiosas*. Se trata, en consecuencia, de un sistema económico que es armónico y ajeno a conflictos.

No hay que ser muy avisado para percatarse que esta visión tiene muy poco que ver con las realidades de todos conocidas. Ello, nos señala que la mutación cualitativa que representa el marginalismo (Jevons, Menger, Walras) no sólo tiene que ver con metodologías y campos problemáticos diferentes. Más allá de eso, tenemos un giro copernicano que lleva a la disciplina desde una perspectiva que desea ser científica a otra que se adentra por los senderos de la apologética. Es decir, se trata de justificar-legitimar al sistema, ocultando sus conflictos y miserias. Y como ello se ejecuta, por lo común, con gran sofisticación técnica (vg. se hace un uso muchas veces fetichista de las matemáticas) no siempre es fácil descubrir el filo apologético. Es decir, se nos presente un *contenido* deformante y alienante con cargo a una *forma* altamente sofisticada que lo encubre y le da un aire de "gran rigor científico".<sup>7</sup>

Como sea, en esta visión ideológica hay algo más que la visión alienante. De ella, se suelen desprender ciertas orientaciones y recomendaciones para la política económica. Y si examinamos

con objetividad a estas políticas y sus resultados, podemos constatar algo asaz sugerente: siempre favorecen al gran capital y siempre perjudican al mundo del trabajo; a la vez, en el plano internacional siempre perjudican a los países periféricos y siempre favorecen a las grandes potencias económicas. En breve: ideologías que amén de deformar, cuando se llevan a la práctica para nada resultan neutrales.<sup>9</sup> Mas bien, resultan sistemáticamente favorables a ciertos intereses sociales (de los cuales, "curiosamente", la teoría no nos habla).

Permitásenos una última observación. En el esquema neoclásico los conflictos políticos y la clase obrera —en cuanto tal— desaparecen. No obstante, podríamos decir que "por su ausencia, brillan". Es decir, si pensamos en los propósitos últimos de la teoría —más políticos que académicos y que apuntan a la defensa ideológica del sistema— podemos inferir que las ausencias y silencios de la teoría son el modo, muy peculiar mas no casual, en que ella refleja lo que en el plano real es una presencia insoslayable: la clase obrera ya transformada en un factor político activo.

## VI. LA MACROECONOMÍA DE KEYNES Y SUS AMBIGÜEDADES

Se suele aceptar que la llamada macroeconomía moderna nace a partir de la célebre obra de Keynes, la *Teoría General publicada en 1936* (Keynes, 1974). En realidad, aquí encontramos los fun-

damentos teóricos o "insight" inicial. Con ello, valga subrayarlo, se reorganizan e impulsan de manera notable las recopilaciones periódicas de información económica. Es decir, surgen las modernas "Cuentas Nacionales". De este modo, al avanzarse en los dos frentes, el de la teoría y el de la evidencia empírica, se da el enorme paso que dio lugar a la macroeconomía moderna, de inspiración keynesiana.

En la teorización de Keynes encontramos tres rasgos que interesa recoger para nuestros propósitos.

Primero, una férrea defensa de los intereses del capital industrial. Consecutivamente, un fuerte ataque al capital dinero de préstamo. La crítica de Keynes recuerda bastante a la de Marx. Nos dice que "el interés no recompensa ningún sacrificio genuino, como tampoco lo hace la renta de la tierra". Sostiene que el "aspecto rentista del capitalismo (...) es una fase transitoria" y lo que llama "eutanasia del rentista" le parece algo muy favorable (Keynes, 1974: 331). Tenemos entonces: de nueva cuenta, el capital de préstamo es visualizado como antes se miraba a los terratenientes.

En Keynes, se pueden distinguir tres agentes (clases, fracciones) básicos: el capital industrial, el financiero y la clase obrera. Es explícito en rechazar las propuestas del mundo del trabajo (nos habla del "proletariado zafio" y de que él, en la lucha de clases siempre estará con la burguesía) pero agrega, como mensaje fundamental, que para salvar al sistema de los embates socialistas

se deben efectuar reformas (mejorar el empleo y la distribución del ingreso) y, como parte de este programa, hay que arrinconar al capital de préstamo, incluso hasta provocar su "eutanasia".

Segundo, en las presentaciones más usuales las categorías se manejan como agregados que no parecen tener, directamente, un contenido social. Por ejemplo, si para simplificar suponemos una economía cerrada y sin gobierno, el ingreso nacional se resuelve en consumo e inversión. Y como el consumo depende del ingreso, terminamos por sostener que la inversión gobierna al ingreso. Se genera entonces una imagen un tanto mecánica (o "hidráulica"): la inversión se mueve y dados ciertos coeficientes (o "multiplicadores"), se arriba a ciertos niveles del ingreso nacional. Uno puede sospechar que detrás de estos movimientos está la conducta de determinados grupos sociales, pero la presentación que se hace de la teoría no lo explicita. Se trata, entonces, de sacar a luz estas conexiones.

Tercero, el enfoque de Keynes entró en conflicto más o menos frontal con el de la ortodoxia neoclásica. Para ésta, por ejemplo, el sistema tiende espontáneamente a una situación en que los recursos económicos (como la fuerza de trabajo) son plenamente empleados (ocupación plena) amén de usados con la máxima eficiencia. Dado esto, se recomienda la prescindencia estatal en materias económicas, la que perjudica en vez de ayudar. Keynes, por el contrario, señala que no existe esa tendencia al pleno empleo ni a la estabilidad. Por

lo mismo, si se trata de salvar al régimen capitalista, se debe utilizar una intervención estatal reguladora, capaz de asegurar cierta estabilidad (i.e. eliminar o, por lo menos suavizar las crisis) y niveles de empleo satisfactorios.<sup>9</sup> El esfuerzo crítico de Keynes se concentró en los aspectos macroeconómicos y, probablemente porque le faltó tiempo, no continuó su crítica hasta llegar a la dimensión microeconómica de la teoría conservadora. En su análisis no introdujo el impacto de las estructuras monopólicas y nunca rechazó claramente la teoría neoclásica de la distribución. Es decir, Keynes se quedó a mitad de camino, abriendo así paso a una ambigüedad que luego tendría fuertes consecuencias.

Aspectos como los mencionados dieron lugar a reinterpretaciones que buscaban salvar esas insuficiencias. Pero se han hecho desde perspectivas muy diferentes y, por lo mismo, se ha arribado a configuraciones teóricas radicalmente dispares (Minsky, 1987). En lo que sigue, indicamos lo medular de estos desarrollos.

#### *a) La ruta Keynes-Kalecki*

El gran economista polaco, partiendo de la matriz teórica de Marx, abordó incluso algo antes que Keynes los problemas que a éste le preocupaban. Y lo hizo, introduciendo algunas modificaciones muy significativas (ver textos de Kalecki, Bhaduri, López, Sawyer).

Primero, al conocer muy bien los rasgos más esenciales del sistema, iden-

tifica mejor que Keynes la lógica con que se mueve el capital (el D-M-D' de Marx) y las limitantes que impone la estructura básica. De igual modo, aceptando la importancia que tienen los componentes subjetivos en el comportamiento de los agentes, no los trata como variables autónomas amén de "inexplicables". Segundo, rechaza los principios de la libre competencia y parte suponiendo la presencia de estructuras oligopólicas dominantes. Como muy pronto lo aclararían aún más autores como Steindl (1979), Sweezy y Baran (1973, 1974), Kriesler (1987), Eichner (1991) y otros, este crucial dato debe provocar transformaciones decisivas en el comportamiento global del sistema. Tercero, ilumina el papel del gasto público y de las exportaciones de capital en la formación de las ganancias capitalistas. Cuarto, modifica los agregados de Keynes y, sobremanera, los asocia directamente al comportamiento de diversos y precisos grupos (clases) sociales. A la vez, ello le permite aclarar o "sacar a la luz", los conflictos o contradicciones sociales objetivas que tipifican al sistema. Por ejemplo, cuando Keynes analiza el ingreso por el lado del gasto, lo descompone en consumo más inversión. Kalecki descompone el consumo total en asalariado y capitalista, algo muy simple pero que ilumina un rasgo crucial que en Keynes no se ve. Pero en ello hay algo más, pues sumando consumo capitalista e inversión, pasa a determinar el monto de las ganancias realizadas por el capital.<sup>10</sup> En cuanto a la inversión,

como parte suponiendo estructuras oligopólicas, el análisis de sus determinantes sufre un vuelco mayor: en vez de hablar de "espíritus animales" que nada explican y que olvidan el "alma burocrática" de las modernas corporaciones, las decisiones de inversión se ven asentadas en las claves estructurales del sistema. La inflación es otro punto donde se observan cambios mayores: se asocia a la pugna distributiva y al impacto del grado de monopolio (vía "mark-up"), amén de que se rechaza la visión monetarista de Friedman et al. En fin, no es del caso entrar aquí a una revisión de los desarrollos que se han originado a partir de Kalecki, en vertientes postkeynesianas (vg. Eichner) o más cargadas a Marx (Bowles y otros, 1989). Sólo nos interesa subrayar un punto clave: los reacomodos en el esquema analítico facilitan altamente la identificación de los agentes económicos (clases y fracciones de clases) en acción. Asimismo, el cuerpo de hipótesis que se han venido desarrollando permite: desarmar el cuerpo ideológico hoy dominante y, a la vez, entender mejor y con mayor profundidad las nuevas realidades del capitalismo contemporáneo. En suma, se recupera el sentido crítico que toda teoría sería debe poseer.

b) *La ruta de la disolución:  
de Keynes a Barro y Lukas*

En muchos respecto, la obra de Keynes resulta ambigua. Por ejemplo, en el ni-

vel de la teoría de la distribución. También en el plano de la "teoría del valor", tema que además parece haberle aburrido. En líneas generales, se sostiene que dejó prácticamente intocada a la microeconomía neoclásica. Con ello, se abrían dos líneas de desarrollo: la más "natural" o consecuente, que implicaba ajustar la teoría microeconómica a la nueva visión que se manejaba de la macro. Algo que autores como Joan Robinson, Eichner y otros han intentando cultivar. La otra ruta, equivale a un retroceso: partir desde la micro neoclásica para ajustar la macro de Keynes. Para el caso, se habla de revisar "los fundamentos microeconómicos" de la visión global de Keynes. Es lo que paulatinamente se ha venido haciendo desde el artículo seminal de Hicks (Hicks, 1989; Hansen, 1983) —en realidad, aquí más bien se observa cierto compromiso entre lo nuevo y las viejas estructuras del equilibrio general— algo que ha sido calificado, a la luz de su ulterior evolución, como el desarrollo de un "keynesianismo bastardo" (Puyana, 1997) En todo caso, esta perspectiva queda pálida a la luz del resurgimiento neoclásico de los últimos veinte años (expectativas racionales y demás). En este caso, no queda prácticamente nada de la arquitectura de Keynes y se vuelve —más allá de las sofisticaciones formales— al estado que tenía la disciplina antes de los años treinta. De hecho, podemos hablar de una *desaparición de la macroeconomía*.

Junto a lo mencionado, emerge una propuesta radical: la inutilidad de las políticas económicas. Si en las versiones neoclásicas previas (Friedman *et al.*) se sostenía que la intervención estatal era dañina, aquí simplemente se sostiene que es impotente. Y como el sistema privado tiende *espontáneamente* a un equilibrio de pleno empleo, no tiene ningún sentido preocuparse de las políticas económicas: "la mejor política es la falta de política".

En los modelos que responden a esa impronta, que suelen ser técnicamente sofisticados, la realidad se diluye más y más. De hecho, nos olvidamos de ella y pareciera que la discusión gira sobre la vida en otra galaxia. No obstante, alguna o mucha utilidad se puede encontrar en estas construcciones. Una muy obvia y que no es nueva es la propia de toda apologética: mostrar un sistema ideal, beneficioso para todos y decir que si "nos portamos bien", a él podrá llegar la economía. La otra es más decisiva: impulsar y legitimar las políticas de desregulación y de pasividad económica estatal. O sea, apoyar ideológicamente al patrón neoliberal (Valenzuela, 1991).

En este contexto, podemos entender el papel de los agentes económicos en las visiones neoclásicas más recientes. Por un lado se recupera la antigua noción atomizante: hay miles de pequeñas unidades, de consumo y de producción, que intercambian y posibilitan una reproducción equilibrada y óptima. A la vez, a estos pequeños agentes se les asignan poderes cuasi divinos: operan

con un horizonte temporal tremendamente largo y con una información que es casi o del todo completa. Y en este contexto, son capaces de procesar esa vasta información para así llegar a elecciones (en ocio y en trabajo, en consumo y en ahorro, etc.) que aseguren la eficiencia máxima.

Conviene agregar: en la penumbra u oscuridad del modelo, podemos advertir una presencia ominosa, que no se muestra y que incluso se trata de ocultar. Pero es tan grande su sombra que terminamos por advertirla: se trata del real y auténtico sujeto, el más poderoso de todos en la presente situación: la del gran capital financiero internacional.

## VII. AMÉRICA LATINA: UN SEGUNDO VISTAZO

¿Qué podemos decir de los agentes económicos (clases y fracciones de clase) en la América Latina de hoy? Hasta hace algunos años se suponían las siguientes modificaciones en relación al cuadro esbozado en el apartado IV: uno, debilitamiento del segmento terrateniente (en México eliminación); dos, virtual desaparición de la burguesía intermediaria; tres, posiciones hegemónicas del capital industrial. Pero este cuadro se ha venido alterando en las últimas dos décadas. La *penetración neoliberal* en la región es la causa de esas mutaciones mayores.

Muy sinópticamente podemos indicar: primero, la burguesía industrial pierde sus posiciones hegemónicas y es reemplazada, en las posiciones de mando del bloque de poder, por la burguesía financiera, nativa y extranjera. Segundo: en el seno de la burguesía industrial se observa un proceso de descomposición: desciende la inversión productiva que realiza e inclusive una parte cada vez mayor del excedente que controla lo comienza a aplicar en inversiones financieras y juegos especulativos. Asimismo, cambia drásticamente su actitud frente al capital extranjero: se olvida de sus antiguas posturas nacionalistas y se subordina a los intereses foráneos. De hecho, en la actualidad (*inicios del siglo XXI*) buena parte de la burguesía industrial latinoamericana ha abdicado de sus antiguas posiciones nacionalistas y de sus afanes por desarrollar en la región un capitalismo autónomo e independiente. Se ha subordinado sustancialmente a los intereses del capital foráneo (inclusive a su fracción financiera especulativa) y, por lo mismo, se puede decir que, en el actual período, ha pasado a funcionar como burguesía intermediaria. Es decir, la vieja categoría que a muchos ya les parecía obsoleta, se ha reencarnado hoy en el mismo segmento industrial nativo (y no sólo en los capitales anclados en la circulación, como era la situación en los viejos tiempos). Tercero, la misma clase obrera sufre procesos de descomposición. El débil o nulo crecimiento se traduce en un sector capitalista que casi no crece en términos

ocupacionales. Por ello, el grueso de la ocupación *adicional* se concentra en sectores improductivos y no capitalistas (la llamada "ocupación informal"). Y dentro del sector capitalista, aumenta el peso relativo de la ocupación en las empresas medias y pequeñas en desmedro del peso de la gran industria. O sea, lo que se suele suponer es la *vanguardia de la clase obrera* se tiende a achicar numéricamente en el último periodo. Además, la "precarización laboral" y la destrucción de organizaciones sindicales y políticas, también le ha provocado una auténtica debacle política a los obreros. En breve: *hoy por hoy la clase obrera latinoamericana recuerda a la clase obrera de los economistas clásicos*. Cuarto, se eleva exponencialmente el peso del "trabajo por cuenta propia" y otras formas económicas que se sitúan en la periferia del capital. O sea, se expanden diversas capas de una pequeña burguesía independiente semi-pauperizada y con un componente lumpen bastante significativo.

La situación resulta dramática. Por un lado, el estancamiento y la creciente miseria parecen exigir un cambio drástico. Y si uno se pregunta por los agentes y sujetos capaces de encabezar esa transformación —a favor de la acumulación, de los intereses nacionales y de una mayor equidad económica— se piensa espontáneamente en la burguesía industrial nacionalista y en la clase obrera industrial. No obstante, podemos ver que el esquema neoliberal, amén de impulsar el estancamiento, también

impulsa el debilitamiento y hasta descomposición de sus potenciales enterradores. Pareciera que hemos caído en el peor de los mundos posibles: los de arriba nada resuelven y por su parasitismo, determinan una situación objetiva que, literalmente, clama por el cambio. A la vez, no parecen existir las fuerzas capaces de impulsar ese cambio. En suma, un real *pantano histórico*.

¿Existe alguna salida? A corto plazo, pensamos que no. A la larga, creemos que se debe mirar al entorno internacional y recordar la emergencia de la Gran Crisis de 1929-33 y los efectos que ocasionó en la región: romper con el primario exportador y avanzar a una fase de industrialización inicial. Decimos "a la larga" y quizá nos pudiéramos equivocar. O sea, la salida podría estar menos lejana. Baste una "insinuación": las actuales condiciones de la economía internacional, recuerdan hoy, *ominosamente*, las que prevalecían en los veinte, antes de la Gran Crisis.

#### NOTAS

- <sup>1</sup> La categoría atributo patrimonial nos indica la masa de patrimonio productivo (medios de producción y fuerza de trabajo) sobre la cual ejerce poder patrimonial el correspondiente grupo (clase) o persona. Sobre la categoría ver Valenzuela (1999).
- <sup>2</sup> En realidad, en las fases de auge tiende a subir por encima de su nivel "natural". O sea, el auge favorece también a los obreros.
- <sup>3</sup> Entre los grandes clásicos hay una conspicua excepción: el cura Malthus

(Malthus, 1977). La defensa que hace de los intereses agrarios es bastante ingeniosa. El problema lo aborda por el lado de la demanda. Recuerda que si no hay ventas, por bajos que estén los salarios, no hay ganancias. Luego, apunta que con los salarios se puede vender sólo una parte muy pequeña de la producción generada. De dónde, se pregunta quién puede comprar la otra parte del producto. Al hacerlo, enarbola el fantasma del "subconsumo" y, en este contexto, hace el elogio de la propensión consumidora de los terratenientes. O sea, le encuentra un lado o aspecto funcional al despilfarro. En las condiciones de la época, por la misma fuerza de la acumulación, el argumento tenía que ser menospreciado. En el capitalismo de hoy, en que se unen un alto excedente con una baja acumulación, el argumento se ha retomado y muchos reconocen las "virtudes" del gasto improductivo. Keynes, por ejemplo, fue uno de los primeros en reconocer los méritos del cura y se lamentaba de que la tradición inglesa se hubiera afiliado al campo problemático de Ricardo y no al de Malthus (Keynes, 1963).

Este movimiento viene dado por el *juego de sus opuestos*, los que se mueven pasando de posiciones de *dominación* (de "aspecto principal") a posiciones de *relativo equilibrio*, y a posiciones de *subordinación* (de "aspecto secundario").

Como regla, cuando una contradicción particular ocupa la posición de contradicción principal, el período termina con el "estallido" o aniquilamiento de esa contradicción. Esta se "resuelve" es la expresión que se suele usar y con ello indicamos que esa particular "unidad de opuestos" ha fenecido: el fenómeno se ha transformado en otro, cualitativamente diferente. El símil podría ser: el actor que en cierto momento ocupa el primer plano de la escena, se retira para no volver: se muere. En la historia social lo usual es lo indicado. No obstante, se dan algunos casos, más bien raros, en que la contradicción no alcan-

za a resolverse: queda moribunda, se "retira de la escena para reponerse" y, por lo mismo, podemos esperar que vuelva a la carga en otro momento histórico. Los grandes conflictos o enfrentamientos revolucionarios, como vg. el de la Comuna de París, en que el aspecto estructuralmente subordinado no logra vencer, son un ejemplo de lo anotado.

Síntesis excelentes en Pinto (1975 y 1991). Para un país no latinoamericano, un examen clásico es el de Bettelheim (1965).

Según Kaldor, "los hábitos de pensamiento engendrados por la teoría económica del equilibrio han llegado a ser el principal obstáculo para el desarrollo de la economía como *ciencia*" (Kaldor, 1978: 116).

Refiriéndose a la teoría neoclásica, Keynes decía que "sus enseñanzas engañan y son desastrosas si intentamos aplicarlas a los hechos reales" (Keynes, 1974: 328).

"El ensanchamiento de las funciones del gobierno (...) parecería a un publicista del siglo XIX o a un financiero norteamericano contemporáneo una limitación espantosa del individualismo (...), yo las defiendo (...) tanto porque son el único medio practicable de evitar la destrucción total de las formas económicas existentes (el capitalismo, J.V.F.), como por ser condición del funcionamiento afortunado de la iniciativa individual" (Keynes, 1974: 335).

Si suponemos una economía abierta y con gobierno, las ganancias las hace igual a la suma del consumo capitalista, la inversión, el déficit público y las exportaciones netas de importaciones.

#### REFERENCIAS

- Baran, Paul y Paul Sweezy  
1973 *El capital monopolista*, Siglo XXI editores, México.
- Barro, R.J.  
1986 *Macroeconomía*, Internacional, México.

*Agentes y sujetos sociales en la teoría económica*

- Bettelheim, Charles  
1965 *La India independiente*, Tecnos, Madrid.
- Bhaduri, Amit  
1990 *Macroeconomía*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Bowles S., D. Gordon, T. Weisskopf  
1989 *La economía del despilfarro*, Alianza, Madrid.
- Carey, H.C.  
1848 *The Past, the Present and the Future*, Filadelfia, citado por Marx (1975)
- Eichner, Alfred  
1991 *The Macrodynamics of Advanced Market Economies*, Sharpe, Nueva York.
- Friedman, Milton y Rose  
1993 *Libertad de elegir*, Planeta-Agostini, Barcelona.
- Girbetz, H.K.  
1963 *The evolution of liberalism*, H.U.P., Nueva York.
- Hansen, Alvin  
1983 *Guía de Keynes*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Hicks, John  
1989 "Keynes y los clásicos", en J. Hicks, *Dinero, interés y salarios*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Kaldor, N.  
1978 *Further Essays on Economic Theory*, Duckworth, Londres.
- Kalecki, M.  
1979 *Sobre el capitalismo contemporáneo*, Crítica, Barcelona.  
1982 *Ensayos escogidos sobre dinámica de la economía capitalista*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Keynes, J. M.  
1963 *Essays in Biography* (Malthus), The Norton Library, Nueva York.  
1974 *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Koutsoyiannis, A.  
1985 *Microeconomía moderna*, Amorrortu, Buenos Aires.
- Kriesler, Peter  
1987 *Kalecki's microanalysis*, Cambridge, Londres.
- López, Julio  
1989 *La economía del capitalismo contemporáneo*, Universidad Nacional Autónoma de México, México.
- Malthus, Robert  
1977 *Principios de Economía Política*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Marx, Karl  
1973 *El Capital* (tomos 1, 2, 3), Fondo de Cultura Económica, México.  
1973a *Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850*, Progreso, Moscú.  
1975 *Teorías sobre la plusvalía*, Carthago, Buenos Aires, t. 2.
- Meek, Ronald  
1972 *Economía e ideología y otros ensayos*, Ariel, Barcelona.  
1975 *Studies in the Labor Theory of Value*, Monthly Review Press, Nueva York.
- Mill, J. S.  
1909 *Systeme de Logique*, Alcan, París, t. II.  
1978 *Principios de Economía Política*, Fondo de Cultura Económica, México.  
1992 *Capítulos sobre el socialismo y otros escritos*, Gernika, México.
- Minsky, H.  
1987 *Las razones de Keynes*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Pinto, Aníbal  
1976 *Inflación, raíces estructurales*, Fondo de Cultura Económica, México.  
1991 *América Latina: una visión estructuralista*, Facultad de Economía-Universidad Nacional Autónoma de México, México.
- Puyana, Jaime  
1997 "De Keynes a la síntesis neoclásica: surgimiento y desintegración del keynesianismo bastardo"; en J. Estay y F. Manchón, comps., *Keynes... hoy*, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla y Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco, México y Puebla.

José C. Valenzuela Feijóo

Ricardo, David

- 1973 *Principios de Economía Política y tributación*, Fondo de Cultura Económica, México.

Robinson, Joan

- 1966 *Filosofía económica*, Gredos, Madrid.

Sawyer, Malcom

- 1985 *The Economics of Michal Kalecki*, MacMillan, Londres.

Smith, Adam

- 1981 *La riqueza de las naciones*, Fondo de Cultura Económica, México.

Steindl, Joseph

- 1979 *Madurez y estancamiento en el capitalismo norteamericano*, Siglo XXI editores, México.

Sweezy, Paul

- 1974 *Teoría del desarrollo capitalista*, Fondo de Cultura Económica, México.

Valenzuela Feijóo, José

- 1991 *Crítica del modelo neoliberal*, Facultad de Economía-Universidad Nacional Autónoma de México, México.

- 1997 "La Teoría General de Keynes", J. Estay y F. Manchón, comps., *Keynes...hoy*, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla y Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco, México y Puebla.

- 1999 *¿Qué es la propiedad?*, Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, México.